

## [DEL SACRAMENTO DE LA ENCARNACIÓN DEL SEÑOR.]

### EN EL LIBRO DEL SACRAMENTO DE LA ENCARNACIÓN DEL SEÑOR ADVERTENCIA.

Es costumbre habitual de los herejes que, aunque sean derrotados y abatidos por la fuerza de los argumentos y la verdad, nunca actúan pacíficamente, y mucho menos se reconocen vencidos. Ambrosio, quien conocía bien esta naturaleza de ellos, al considerar que los errores de los arrianos habían sido suficientemente refutados en cinco libros sobre la Fe, había decidido no añadirles nada más en el futuro (Cap. 7, num. 62). Sin embargo, sus engaños y artimañas hicieron que, aunque se viera obligado por grandes ocasiones a volver a enfrentarse con ellos, no pudiera evitarlo ni rehuirlo.

Los arrianos lo llevaron a esta disputa a través de dos (Paulin. en Vit. Ambr.), camareros del César Graciano, a quienes había prometido resolver al día siguiente en la basílica Portiana, ante toda la congregación de fieles, las objeciones que habían propuesto con arrogancia y ambición contra la encarnación del Señor. Ese espacio de tiempo parecía demasiado corto para preparar un discurso sobre asuntos tan graves; especialmente cuando era muy probable que los herejes acudieran en gran número para criticar y denigrar cualquier cosa que pudiera haber sido dicha con poca cautela o reflexión. Sin embargo, nuestro Ambrosio no faltó a sus promesas; y aunque vio que los mencionados cortesanos no se presentaron en el tiempo señalado, aunque sospechaba que con ánimo engañoso retrasaban su llegada para sorprenderlo mientras hablaba, no obstante, comenzó a hablar de inmediato (Cap. 1, num. 1).

Pero para dejarles aún la oportunidad de acercarse, aprovechó la ocasión de la historia del sacrificio ofrecido por los dos primeros hermanos, que había sido leída frecuentemente en la sinaxis de la Iglesia (Num. 2), y explicó brevemente por qué el sacrificio de Caín había sido rechazado (Num. 3 y sig.). Luego enseña que esta terrible sentencia, con la que él mismo fue golpeado por la boca de Dios, se extiende también a todos los herejes (Cap. 2, n. 6 y sig.), pero principalmente a aquellos cuya serie termina en los apolinaristas que erróneamente opinaban sobre el alma humana de Cristo. Finalmente, exhortó vehementemente a sus oyentes a no permitir nunca que se les aleje del seno de la Iglesia (Num. 13), y probó elegantemente y con fuerza contra los arrianos que Cristo es eterno y verdaderamente Dios (Cap. 3 y 4). De estos se dirige a los apolinaristas, aunque perdona su nombre (Cap. 5); y también acusa de blasfemia, aunque con nombre reservado, al autor de un libro que creemos es Apolinar (Cap. 6, num. 51). Después, en el cap. 6, continuando con los errores de los mismos, donde advirtió que entre las cosas propias de la divinidad de Cristo y las que pertenecen a su humanidad, debe hacerse una distinción más cuidadosa (Cap. 4, num. 23 y sig.); destruye con argumentos invencibles uno de los principales delirios de estos hombres, que afirmaban que la divinidad del Señor y la carne eran de una sola sustancia (Cap. 6, num. 49 y sig.): en lo cual podemos afirmar con justicia que usó admirablemente y con gran habilidad la carta de Atanasio (Publicada entre sus Obras y en Epifanio, Haeres. 77), a Epicteto como ayuda. Y no con menor fuerza de ingenio derriba aquella otra opinión suya, que negaba al Señor un alma racional (Cap. 7): error que también se dice que fue de los arrianos (Agustín de Haeres. c. 55, Teodoreto. Haeret. fabul. lib. IV, cap. 1), lo cual no sorprenderá a nadie, ya que los mismos camareros del emperador, adictos y adscritos a las partes arrianas, lo objetaron.

Aquí había terminado su discurso el bienaventurado Prelado; pero cuando compuso el libro a partir de él, decidió añadir al final la solución de una dificultad que le había sido propuesta después de pronunciar el mismo discurso (Cap. 8 y sig.). Pues los herejes, que nunca dejaban

de acechar la piedad, con gran confianza alardeaban ante Graciano, quien no había escuchado a Ambrosio hablando en la Basílica Portiana, como se ha dicho, que el Padre, siendo ingenerado, no podía ser de la misma sustancia que el Hijo, a quien nadie negaba que era engendrado. En esta objeción, como en un cierto eje principal, giraba la herejía arriana, como entendemos por los libros de aquellos que defendieron la fe católica con singular alabanza. Por lo tanto, Ambrosio resolvió esta objeción, traída a él desde Augusto, con tal solidez que no queda nada que desear. Finalmente, después de resolver otra dificultad, aunque mucho más leve, que se refiere a la omnipotencia de Cristo, el libro se cierra (Cap. 10, num. 111, y sig.).

Sin embargo, no podemos dejar de alabar en este lugar la prudencia y moderación del santo Obispo; pues aunque no ignoraba menos que nadie el lamentable final de los dos camareros que hemos mencionado, al redactar su discurso en un libro, para que no se creyera de ninguna manera que se entregaba a alguna conmoción, no permitió que se le escapara una palabra sobre ello. Ese caso fue más notorio de lo que se podría omitir: pero como está elegantemente y con precisión descrito por Paulino, el historiador de la vida de nuestro Ambrosio, lo representaremos con sus propias palabras: "Hubo también," dice (En la vida de S. Ambr.), "dos camareros del emperador Graciano en ese tiempo, de la herejía de los arrianos, que propusieron al Obispo una cuestión para tratar. Prometieron que al día siguiente todos estarían presentes en la basílica Portiana para escucharlo. Pues la cuestión era sobre la Encarnación del Señor. Pero al día siguiente, esos hombres miserables, llenos de orgullo y sin recordar sus promesas, despreciando a Dios en su sacerdote, y sin considerar la injuria a la plebe que esperaba: olvidando también las palabras del Señor, que 'quien escandalice a uno de estos pequeños, mejor le sería que se le atase una piedra de molino al cuello y se le arrojase al mar profundo'; subieron a un carruaje como si fuera por placer, salieron de la ciudad, mientras el sacerdote y la plebe estaban en la iglesia esperando. Pero el fin de esta contumacia, lo refiero con horror. Pues de repente, precipitados del carruaje, entregaron sus almas, y sus cuerpos fueron entregados a la sepultura. El santo Ambrosio, sin saber lo que había sucedido, y no pudiendo retener más a la plebe, subió al tribunal y comenzó su discurso sobre la misma cuestión que había sido propuesta, diciendo: 'Deseo pagar mi deuda, hermanos, pero no encuentro a mis acreedores de ayer'; y el resto que está escrito en el libro, que se titula 'Sobre la Encarnación del Señor'."

Así Paulino, cuyas últimas palabras también declaran la inscripción del libro. Esta misma la encontramos también en otros escritores, por quienes la misma obra fue citada en tiempos posteriores no sin recomendación (Sínodo adv. Trag. Iren. en la colección de Conc. Balus. y Christ. Lup. et al.), a la cual además algunos (Teodor. en Polymor.) añaden, "contra los apolinaristas". No faltaron tampoco quienes, movidos por el inicio de la obra, quisieran citarla bajo el título de "sermón sobre Caín y Abel" (Ivo Decret. II parte, c. 7, Grat. de Consec. dist. 2). Pero ciertamente la mejor inscripción de todas es la que no solo muchos y muy probados manuscritos, así como las antiguas ediciones, presentan; sino también la que indica (Cap. 7, num. 63) el mismo Ambrosio, a saber, "del Sacramento de la Encarnación del Señor", o, como algunos editores romanos prefirieron con ciertos autores, "Misterio".

En cuanto a la fecha de este mismo libro, así como no hay nada más cierto que es posterior a los libros "de la Fe" (Ibid., num. 62), así también sería de no poca dificultad definir cuántos años los precedieron. En una ocasión al citar estos en esta obra, el santo Doctor usa la palabra "dudum" (Cap. 8, num. 79): pero en otros lugares donde hace alguna mención de ellos, siempre usa locuciones que significan que fueron publicados no hace mucho. Sin embargo, dado que esos mismos libros "de la Fe" no fueron completados sino en el año 379, como se ha demostrado, y Paulino afirma que esta misma obra, de la que se trata, fue compuesta

mientras aún vivía Graciano Augusto, quien murió en el año 383; la palabra "dudum" apenas permitiría que lo consideráramos compuesto antes del año 382: como tampoco la muerte de Graciano permitiría que lo retrasáramos mucho después de ese mismo año.

## LIBRO ÚNICO DE SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, SOBRE EL SACRAMENTO DE LA ENCARNACIÓN DEL SEÑOR.

### 703 CAPÍTULO PRIMERO.

Indicada la ocasión de hablar, Ambrosio se acerca a los sacrificios de Caín y Abel. Luego explora qué desagradó a Dios en la ofrenda del primero. Después de exponer brevemente el holocausto de Abel, enseña a quiénes alcanza la sentencia pronunciada contra Caín.

1. Deseo pagar mi deuda, hermanos, pero no encuentro a mis acreedores de ayer, a menos que tal vez pensaron que nos turbarían con su inesperada reunión: pero la verdadera fe nunca se turba.

2. Así que mientras ellos tal vez vienen, desviémonos hacia esos agricultores que se nos han propuesto, de los cuales uno, es decir, Caín, ofreció al Señor una ofrenda de los frutos de la tierra: y el otro, Abel, de las primicias de sus ovejas (Gen. IV, 3, 4). No encuentro nada que reprochar en la especie de los dones, excepto que Caín reconoció que sus ofrendas no agradaron, y el Señor dijo: "Si bien ofreces, pero no bien divides, has pecado" (Ibid., 7).

3. ¿Dónde está, pues, el crimen? ¿Dónde la culpa? No en la ofrenda del don, sino en el afecto de la ofrenda. Hay quienes piensan correctamente que uno eligió lo que ofrecería, mientras que el otro ofrecía lo que tenía de menor valor. Pero no es tan pobre nuestro sentido espiritual como para pensar que el Señor buscaba un sacrificio corporal, no espiritual. Y por eso añadió, "descansa" (Ibid.), significando que es más tolerable abstenerse de ofrecer dones que ofrecer un don con un estudio infiel. Porque quien no sabe dividir, no sabe discernir: pero el espiritual juzga todas las cosas (I Cor. II, 15). Y por eso Abraham dividió el sacrificio que ofrecía (Gen. XV, 10).

4. También Abel supo dividir, quien ofreció un sacrificio de las primicias de sus ovejas (Gen IV, 4), enseñando que no los dones de la tierra agradarían a Dios, que habían degenerado en el pecador, sino aquellos en los que resplandecería la gracia del divino misterio. Profetizó así que seríamos redimidos de la culpa por la pasión del Señor, de quien está escrito: "He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo" (Juan I, 29). Por eso también ofreció de las primicias, para designar al primogénito. Mostró, pues, que seríamos el verdadero sacrificio de Dios, de quienes el Profeta dice: "Ofreced al Señor hijos de carneros" (Sal. XXVIII, 1), y con razón es aprobado por el juicio de Dios.

5. Pero al reprobado se le dice, "descansa": que creo que es una sentencia general pronunciada contra todos los que están fuera de la Iglesia; pues aquí veo la figura de muchos pueblos; a quienes la sentencia divina comprende, cuyos dones ya entonces rechazó en Caín (Gen. IV, 5).

### CAPÍTULO II.

Después de enumerar varios tipos de personas que, bajo el falso velo del nombre cristiano, casi siempre acechan a la Iglesia, advierte cómo debemos evitar esa misma sentencia.

6. Esta es una sentencia general contra todos los impíos. Así que si un judío ofrece, quien separa al hijo de la virgen María del Padre Dios, se le dice: "Si bien ofreces, pero no bien divides, has pecado: descansa" (Ibid., 7).

7. Si ofrece un eunomiano, quien, procediendo de la fuente de la impiedad arriana, cae en el lodo de su desbordante perfidia, afirmando que la generación de Cristo, que está sobre todo, debe ser recogida de las tradiciones de la Filosofía: cuando ciertamente hay una razón para las criaturas, y otra para el poder de los secretos divinos; y a él se le dice: "Si bien ofreces, pero no bien divides, has pecado: descansa."

8. Esto se dice al sabelliano, quien confunde al Padre y al Hijo. Esto se dice al marcionita, quien piensa que hay un Dios del Nuevo Testamento y otro del Antiguo. Esto se dice al maniqueo y al valentiniano, quienes no creyeron que la verdad de la carne humana fue asumida por Cristo. También Pablo de Samosata y Basilides están numerados en la misma suerte de la sentencia.

9. De igual manera, por la autoridad de esta sentencia son condenados, quienes negaron la divinidad del Espíritu Santo. Algunos son judíos de los arrianos, o arrianos de los judíos; porque así como aquellos separan al Hijo del Padre, así estos separan al Espíritu de Dios Padre y del Hijo de Dios.

10. También a Novato y Donato y a todos los que han deseado desgarrar el cuerpo de la Iglesia, se les dice individualmente: "Si bien ofreces, pero no bien divides, has pecado." Pues el sacrificio que se ofrece a Dios es de la Iglesia, a la cual Pablo dijo: "Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios" (Rom. XII, 1). Por lo tanto, dividieron mal el sacrificio, lacerando los miembros de la Iglesia.

11. También golpea esta sentencia a aquellos, quienes separan el alma racional del sacramento de la encarnación del Señor, deseando separar la naturaleza del hombre del hombre. Y estos tal vez ofrecen correctamente a la Trinidad: pero no saben distinguir la razón de la naturaleza humana y divina; pues la naturaleza de Dios es simple, el hombre consta de alma racional y cuerpo. Si quitas uno, has eliminado toda la naturaleza del hombre.

12. Por lo tanto, esta sentencia es contra todas las herejías, que bajo el nombre fraterno, no fraternalmente persiguen a la Iglesia. Pues bajo la apariencia del nombre cristiano y una cierta hermandad nominal de fe, desean herirnos con espadas parricidas; porque nuestra conversión es hacia ellos, y los pecadores nos dominan en el mundo. Pues el pecador domina en el mundo, el justo en el reino de Dios.

13. Cuidémonos, pues, de que nadie intente separarnos del aposento del rey eterno, y del secreto de la madre Iglesia, al cual esa alma en el Cantar de los Cantares indica que el Verbo de Dios la ha introducido (Cant. III, 4). Cuidémonos de no separar del seno del Padre, y de una cierta sustancia arcana de la naturaleza del Hijo unigénito, y de no meditar en inferir prejuicios a la generación divina con estas palabras que afirman la verdad de la encarnación asumida; no sea que también a alguno de nosotros se le diga: "Si bien ofreces, pero no bien divides, has pecado; descansa"; esto es: Si no sabemos distinguir lo que es propio de la divinidad eterna de lo que es propio de la encarnación; si comparamos al creador con sus obras; si decimos que el autor de los tiempos comenzó después de los tiempos. Pues no puede ser que por quien son todas las cosas, sea uno de todos.

### CAPÍTULO III.

Reprendidos aquellos que no aceptarían el testimonio de Juan sobre la eternidad del Verbo: y después de alabar al mismo evangelista, examina el lugar: donde no solo se enseña la eternidad y divinidad del Verbo; sino que también se demuestra que estos mismos atributos están en el Padre. No se debe pensar en nada corporal en el Verbo; y aunque no comprendamos su naturaleza, debe bastarnos la autoridad de Juan, quien explica cómo vio el Verbo.

14. No quiero que se me crea a mí, que se recite la Escritura. No digo por mí mismo que "en el principio era el Verbo" (Juan I, 1), sino que lo escucho: no lo invento, sino que lo leo; lo que todos leemos, pero no todos entendemos. Y cuando se lee, todos escuchamos, pero no todos oyen: "Porque se ha engrosado el corazón de algunos, y sus oídos han oído pesadamente" (Hechos XXVIII, 27); ciertamente los oídos del afecto interior. Pues no es la carne la que peca, que guarda su oficio, y recibe el oído, sino el alma de puro oído, mal intérprete, que se niega a escuchar lo que se dice, a entender lo que se lee. ¿Por qué cerráis los oídos como con cera y plomo, y sin embargo no podéis excluir los beneficios del Señor y los oficios de la naturaleza? Escucháis a la fuerza, escucháis con desdén: escucháis, para que no podáis excusar que no habéis escuchado.

15. Escucháis, pues, cuando se lee: "En el principio era el Verbo" (Juan I, 1). ¿Quién dice esto? Juan, ciertamente aquel pescador: pero no lo dice como pescador, sino como pescador del afecto humano; quien ya no capturaba peces, sino que vivificaba hombres (Luc. V, 10). No es suyo lo que dice: sino de aquel que le dio el poder de vivificar. Pues el pescador era más silencioso que los mismos peces que antes capturaba; y más mudo en los divinos misterios, quien no conocía al autor de su voz: pero vivificado por Cristo, escuchó la voz en Juan, reconoció el Verbo en Cristo.

16. Y por eso, lleno del Espíritu Santo, quien sabía que el principio no es del tiempo, sino sobre los tiempos, dejó los siglos, y ascendiendo en espíritu sobre todo principio, dijo: "En el principio era el Verbo", esto es, que permanezca el cielo; pues aún no era, cuando "en el principio era el Verbo". Pues aunque el cielo tiene principio. Dios no lo tiene. De hecho, "en el principio creó Dios el cielo y la tierra" (Gen. I, 1). Una cosa es "creó": otra cosa es "era". Lo que se hace, comienza: lo que era, no toma principio, sino que lo precede. Que también permanezcan los tiempos, porque después del cielo los tiempos. Que también permanezcan los ángeles y arcángeles. Y si no encuentro su principio, sin embargo, era cuando no eran. Pues no eran, quienes alguna vez comenzaron. Si, por lo tanto, no puedo encontrar el principio de aquellos, que es seguro que tienen principio, ¿cómo puedo encontrar el principio del Verbo, por quien todo principio no solo de las criaturas, sino también de todos nuestros pensamientos es prevenido?

17. Así que claramente había expresado su eterna divinidad: pero sin embargo, para que nadie dividiera la eternidad del Verbo del Padre, para que creyéramos que es la misma del Verbo que la del Padre, ese buen pescador añadió: "Y el Verbo estaba con Dios" (Juan I, 1). Lo que había dicho, debe ser estimado así: "Era el Verbo", como era el Padre; porque estaba con el Padre, y en el Padre estaba, y con el Padre estaba siempre. Pues como leemos del Padre, "era"; así también leemos del Verbo, "era".

18. ¿Por qué discernes el entendimiento, que no discernes el oído? Ser del Verbo es estar con el Padre: ser del Padre es estar con el Verbo; pues leemos que "el Verbo estaba con Dios". Así que si según tu opinión alguna vez no era, entonces según tu opinión tampoco era en el

principio, con quien estaba el Verbo. Pues por el Verbo escucho, por el Verbo entiendo que Dios era. Pues si creo que el Verbo es eterno, lo cual creo; no puedo dudar de la eternidad del Padre, cuyo Hijo es eterno. Si pienso que su generación es temporal, comienza a tener comunidad con nosotros; para que parezca que el Padre comenzó a ser: pero si no dudas del Padre, porque comenzar a ser no es de Dios, no dudas del Padre, porque es de Dios tener perfección eterna; no sea que por el uso del discurso humano te equivoques, mientras dices Verbo e Hijo, por eso añadió: "Y el Verbo era Dios" (Ibid., 1).

19. Ciertamente tiene lo que el Padre, porque era Dios. ¿Cómo niegas la eternidad de aquel cuyo nombre de Dios es uno con el Padre? No te dejes engañar por el sonido ni por la similitud del discurso: otra cosa es la Palabra que tiene tiempos, que se recoge en sílabas y se compone de letras: no es tal la Palabra del Hijo, porque no es tal el Padre de la Palabra.

20. Debemos evitar, por tanto, que parezca que introducimos una cuestión de voz corporal. Dios es incorpóreo: ciertamente, el incorpóreo no tiene voz corporal. Si la voz corporal no está en el Padre, tampoco el Hijo es una palabra corporal. Si no hay cuerpo en el Padre, tampoco hay tiempo en el Padre. Si no hay tiempo en el Padre, ciertamente tampoco lo hay en la Palabra. Y si no hay tiempo de principio en la Palabra, tampoco hay número ni grado en la Palabra. Porque si hay número en la Palabra, entonces hay muchas palabras. Si hay muchas palabras, también hay muchos hijos. Pero hay una sola Palabra, que excluye tanto el grado como el número: una según la naturaleza.

21. No busques qué tipo de naturaleza. No sé esto mucho mejor de lo que sé. Solo sé bien esto, que no sé lo que no puedo saber. Lo que hemos visto, dice Juan, y lo que hemos oído (1 Juan 1, 3): solo dijo que sabía bien lo que había oído y visto, él que reposaba en el pecho de Cristo. Por lo tanto, a él le basta haber oído, a mí no me basta.

22. Pero lo que él oyó, eso me dijo: y lo que oyó de Cristo, tampoco yo puedo negar que sea verdad sobre Cristo. Por lo tanto, lo que oyó, yo lo he oído: y lo que vio, yo lo he visto; porque él vio lo que vio: ciertamente no la divinidad, que según su naturaleza no puede ser vista. Pero como según su naturaleza no podía ser vista, asumió lo que estaba fuera de la naturaleza de la divinidad; para que según la naturaleza del cuerpo pudiera ser visto. Finalmente, también el Espíritu Santo fue visto en forma, como una paloma (Lucas 3, 22); porque la divinidad no podía ser vista en la verdad de su claridad.

#### CAPÍTULO IV.

No basta con que creamos en la verdadera carne de Cristo, a menos que excluyamos de la divinidad toda confusión con ella o cualquier otra debilidad: ni tampoco si decimos que es el mismo Dios de ambos pactos, a menos que profesemos que la Palabra es coeterna con Él mismo: ni finalmente, si reconocemos que comenzó antes de la Virgen, a menos que proclamemos que es anterior a todo principio. Se encomia la confesión de Pedro; y se expone por qué él, mientras otros hablaban, permaneció en silencio, y cómo respondió después de manera hermosa.

23. No interpretes, por tanto, según la naturaleza, lo que está fuera de la naturaleza de la divinidad. Pues aunque creas que Cristo asumió verdadera carne, y ofrezcas el cuerpo para ser transfigurado en los altares; no distingas, sin embargo, la naturaleza de la divinidad y del cuerpo, y se te dice: Si ofrezcas correctamente, pero no divides correctamente, has pecado (Gén. 4, 7). Divide lo que es mío, divide lo que es propio de la Palabra. Yo no tenía lo que era

suyo: y él no tenía lo que es mío. Asumió lo que es mío, para impartir lo que es suyo: asumió no para confundir, sino para llenar. Si crees en la ascunción, pero añades confusión; dejaste de ser maniqueo, pero no comenzaste a ser hijo de la Iglesia.

24. Si crees en la ascunción del cuerpo, pero añades compasión a la divinidad: ciertamente has evitado una parte de la infidelidad, no la infidelidad; porque crees lo que presumes que te beneficia: no crees lo que es digno de Dios.

25. Nuevamente, si crees que el mismo Dios es del Nuevo y del Antiguo Testamento, pero antepones tiempos y momentos a su Palabra: Valentín es más tolerable, quien no cree que los siglos sean antes que Dios, sino que los dioses son lo que son los siglos; porque es menos sacrilegio unir los siglos a la divinidad que anteponerlos.

26. Si crees nuevamente que Cristo no comenzó desde la Virgen, pero piensas que hay algún principio antes de Cristo: en la diferencia de tiempo, la contienda es de impiedad; porque negaste que fuera igual a la Virgen, no al tiempo. Pero yo no negaré que es igual a la Virgen según la ascunción del cuerpo, y confesaré que es el creador del tiempo. ¿Qué ganas si dices que Cristo es esta o aquella criatura? La criatura cambia, no se adora la divinidad.

27. Cristo no quiso ser reconocido así, ni ser estimado solo por méritos que están por encima del hombre. Finalmente, cuando preguntó: ¿Quién dicen los hombres que soy? (Mat. 16, 13), cuando unos decían Elías, otros Jeremías, o uno de los profetas; no alabó la opinión de ninguno: cuando Pedro dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo (Mat. 16, 16); a este solo no lo alabó sin razón.

28. Por lo tanto, Juan dice, Pedro dice, Cristo aprobó, ¿y tú no apruebas, arriano? ¿No crees que se debe creer a Juan y a Pedro, a quienes nuestro Señor Jesucristo consideró suficientes por sí solos como testimonio de su gloria para la fe de todos? Finalmente, como testimonio del Antiguo y del Nuevo Testamento, Moisés es llamado con Elías, y Pedro es frecuentemente asociado con Juan (Mat. 17, 1).

29. Pedro dice, Tú eres (Juan 13, 23); no dice: Tú comenzaste a ser. Pedro dice: Tú eres el Hijo de Dios; no dice: Tú eres criatura. Esto lo dijo Juan. Si aún no has creído, porque no entendiste el misterio de quien reposa sobre la sabiduría, Pedro lo repitió. Cristo elogió a ambos, uno por juicio, otro por misterio; pues añadió que leyeras que reposaba en el pecho de Cristo, y entendieras que su cabeza, en la que está el principal de todos los sentidos, se llenaba de un cierto arcano de sabiduría. Pero si no crees que debe entenderse el misterio, al menos no impugnes el juicio. Pedro es alabado porque creyó que era el Hijo de Dios, a quien veía; porque se separaba de las opiniones aún rudas de la plebe ignorante. Finalmente, cuando el Señor preguntó qué pensaban los hombres del Hijo del Hombre, cuando se decía la opinión del vulgo, Pedro callaba.

30. ¿Callas, pues, Simón, y mientras otros responden, aún callas (Mat. 16, 14); siendo tú el primero que incluso no preguntado preguntas: no temes ser reprendido por el Señor por no responder al que pregunta? Por eso, dice, no respondo, porque no se me pregunta mi opinión, sino la ajena; pues he leído: Para que mi boca no hable las obras de los hombres (Sal. 16, 4): es obra de los impíos proclamar las impiedades. Por eso aún callo, porque aún no se me pregunta lo que siento: no pronunciaré con los labios lo que mi mente no ha aprobado. Habrá un tiempo cuando responderé. Se me preguntará también a mí qué siento, entonces responderé lo que es mío; porque es mío hablar de la fe, afirmar la piedad, proclamar la gracia.

31. No calla, pues, como si fuera más lento de entendimiento, ni difiere el servicio de la voz como si fuera fastidioso: sino que, como cauteloso, evita el peligro de la opinión vulgar, quien no evitaba el peligro de la salvación. Finalmente, en lo posterior tienes que saltó de la barca para encontrarse con el Señor (Mat. 14, 29), no por deseo de gloria, sino para anticiparse en obediencia.

32. Este, pues, que antes callaba, para enseñarnos que no debemos repetir ni siquiera la palabra de los impíos: este, digo, cuando oyó: Y vosotros, ¿quién decís que soy? (Mat. 16, 15), inmediatamente, no olvidando su lugar, actuó con primacía: primacía de confesión, ciertamente, no de honor; primacía de fe, no de orden. Esto es decir: Ahora nadie me vengza, ahora son mis partes: debo compensar lo que callé, debe aprovechar lo que guardé silencio. Mi lengua no tiene espinas; sin impedimento debe salir la fe. Mientras otros limpian el lodo, aunque ajeno, de la impiedad pronunciada, que dijeron que Cristo era Elías, o Jeremías, o uno de los profetas (Mat. 16, 14); pues esa voz tenía lodo, esa voz tenía espinas: mientras otros, digo, lavan ese lodo, mientras en otros se desatan esas espinas, nuestra voz resuena que Cristo es el Hijo de Dios. Mi discurso es puro, al que ninguna espina ha dejado la impiedad expresada.

33. Este es, pues, Pedro, quien respondió por los demás apóstoles, más bien antes que los demás (Mat. 16, 16); y por eso se le llama fundamento, porque sabe guardar no solo lo propio, sino también lo común. A este Cristo le dio su aprobación, el Padre lo reveló. Pues quien habla de la verdadera generación del Padre, lo asumió del Padre, no lo tomó de la carne.

## CAPÍTULO V.

Esta fe es el fundamento de la Iglesia y prevalece contra todas las herejías, en la que se cree en Cristo tanto en la generación divina como en la humana. Esas dos generaciones no se interfieren mutuamente: sino que lo que pertenece a cada una de ellas permaneció intacto incluso en la pasión y sepultura. Por lo tanto, no se deben atribuir las debilidades del cuerpo a la divinidad; ya que esta está libre de lugar y tiempo: y el Verbo divino no pudo sufrir nada sino según la carne.

34. La fe, por tanto, es el fundamento de la Iglesia: pues no se dijo de la carne de Pedro, sino de la fe, que las puertas de la muerte no prevalecerán contra ella: sino que la confesión venció al infierno (Mat. 16, 18). Y esta confesión no excluyó solo una herejía; pues aunque la Iglesia, como buena nave, es a menudo golpeada por muchas olas, el fundamento de la Iglesia debe prevalecer contra todas las herejías.

35. El día me faltaría antes que los nombres de los herejes y de las diversas sectas; sin embargo, contra todas ellas esta es la fe general, que Cristo es el Hijo de Dios, y eterno del Padre, y nacido de María virgen. A quien el santo profeta David describe como un gigante, porque siendo de doble y gemela naturaleza, es uno, partícipe de la divinidad y del cuerpo: quien como esposo, saliendo de su cámara, se alegró como un gigante para correr su camino (Sal. 18, 6). Esposo del alma según la Palabra: gigante de la tierra, porque recorriendo los oficios de nuestro uso, siendo siempre Dios eterno, asumió los sacramentos de la encarnación, no dividido, sino uno, porque ambos uno, y uno en ambos, esto es, ya sea en la divinidad o en el cuerpo: pues no es uno del Padre, otro de la Virgen, sino el mismo de diferente manera del Padre, de diferente manera de la Virgen.

36. La generación no prejuzga a la generación, ni la carne a la divinidad; porque ni el empeño al Padre, ni la voluntad a la pasión, ni la pasión a la voluntad. Pues el mismo sufría, y no sufría: moría, y no moría: era sepultado, y no era sepultado: resucitaba, y no resucitaba; porque resucitaba su propio cuerpo: porque lo que cayó, eso resucita: lo que no cayó, no resucita. Resucitaba, pues, según la carne, que muerta resucitó: no resucitaba según el Verbo, que no había sido disuelto en la tierra, sino que siempre permanecía con Dios.

37. Por lo tanto, moría según la ascensión de nuestra naturaleza, y no moría según la sustancia de la vida eterna: y sufría según la ascensión del cuerpo; para que se creyera la verdad del cuerpo asumido: y no sufría según la divinidad impassible del Verbo, que está exenta de todo dolor. Finalmente, el mismo decía: Dios mío, Dios mío, mira en mí: ¿por qué me has abandonado? (Sal. 21, 1) porque según la carne fue abandonado, quien según la divinidad no podía ser abandonado ni dejado.

38. El mismo también dice: Lejos de mi salvación las palabras de mis delitos (Sal. 21, 1), esto es, no se deje atrapar quien oye: ¿Por qué me has abandonado? sino que entienda que estas cosas se dicen según la carne, que están lejos de la plenitud de la divinidad. Porque las palabras de los delitos son ajenas a Dios, porque también los delitos de las palabras son ajenos: pero como asumí delitos ajenos, también asumí las palabras de delitos ajenos; para que diga que fui abandonado por Dios Padre, quien siempre estoy con Dios.

39. Era, pues, inmortal en la muerte, impassible en la pasión. Pues como Dios no lo atrapó la aflicción de la muerte, y el mismo como hombre fue visto por los infiernos. Finalmente, entregó el espíritu (Mat. 27, 50), y sin embargo, como árbitro de despojarse y asumir el cuerpo, entregó el espíritu, no lo perdió. Colgaba en la cruz, y movía todo. Temblaba en el madero, a quien todo este mundo temblaba. Estaba entre los suplicios, recibía heridas, y donaba el reino celestial. Hecho pecado de todos, lavaba los pecados del género humano. Finalmente, murió, y por segunda y tercera vez exultante y jubiloso digo, murió; para que su muerte fuera vida de los muertos.

40. Pero ni siquiera su sepulcro carece de milagro. Pues habiendo sido ungido por José, y sepultado en su monumento (Luc. 23, 53), con una obra nueva el mismo difunto abría los sepulcros de los difuntos: y su cuerpo yacía en el sepulcro; pero él mismo, libre entre los muertos, daba remisión a los que estaban en el infierno, disuelta la ley de la muerte. Estaba, pues, su carne en el monumento, pero su virtud operaba desde el cielo. Se mostraba a todos por la verdad del cuerpo, porque no era la carne la Palabra, sino que la carne era de la Palabra. La carne ciertamente gustó la muerte, pero la virtud impassible de Dios: y si se despojó del cuerpo, sin embargo, ningún daño de Dios en el cuerpo.

41. ¿Por qué atribuyes a la divinidad las aflicciones del cuerpo, y conectas la debilidad del dolor humano con la naturaleza divina? Ahora mi alma, dice, está turbada (Juan 12, 27). El alma está turbada, no la sabiduría; pues la sabiduría permanecía inmutable, aunque estuviera rodeada del manto de la carne. Pues en esa forma de siervo estaba la plenitud de la verdadera luz: y cuando se vació, era luz. Finalmente, decía: Caminad mientras tenéis la luz (Juan 12, 35). Y cuando estaba en la muerte, no estaba en la sombra. Finalmente, incluso a los que estaban en el infierno les derramaba la luz de la vida eterna. Resplandecía también allí la verdadera luz de la sabiduría, iluminaba el infierno, pero no estaba encerrada en el infierno. ¿Qué lugar hay para la sabiduría? Finalmente, dice el justo: Pero, ¿dónde se halló la sabiduría? ¿Y qué lugar hay para la disciplina? El hombre no conoce su camino, ni se halló entre los hombres (Job 28, 12, 13).

42. Por lo tanto, ni en el tiempo, ni en el lugar está la Sabiduría, de donde también significa que el tiempo es. Pero, ¿cómo está en el tiempo, la que en el principio era? ¿Cómo está en el lugar, la que estaba con Dios? Si se busca al Hijo Unigénito, se encuentra en el seno del Padre por el espíritu evangélico. ¿Acaso pensáis que el seno del Padre es un lugar? ¿Y buscáis cómo nació, cuando dice el hombre profético: El hombre no conoce su camino (Job 28, 13)? ¿Y estimáis su nacimiento según los hombres, cuando Job dice que no se halló entre los hombres? ¿Y atribuíis la muerte a la Sabiduría, de la que el abismo dice: No está en mí; y el mar dice: No está conmigo (Job 28, 14)? No dice el cielo, No está en mí, sino que el abismo dice, No está en mí. Pues no al abismo, sino al Padre dijo: En tus manos encomiendo mi espíritu (Luc. 23, 46). La misma alma, aunque estuvo en el abismo, ya no está; porque está escrito: Porque no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu santo vea corrupción (Sal. 15, 10).

43. Por lo tanto, el mar dice: No está conmigo, esto es, nuestra vida dice inquieta por las olas del siglo. Pues no está entre los hombres su carne, porque según la carne ya no conocemos a Cristo (2 Cor. 5, 16). La tierra dice: No está conmigo, porque resucitó. Finalmente, el ángel dice: ¿Por qué buscáis al que vive entre los muertos? (Luc. 24, 5). Y bien dice el mar: No está conmigo; porque estaba sobre el mar. Finalmente, caminaba sobre el mar con sus pies corporales, cuando también, sometido el mar, mandó a Pedro caminar sobre el mar (Mat. 14, 29); quien aunque titubeó, titubeó no por la debilidad del que mandaba, sino por la debilidad del que obedecía.

44. Por lo tanto, no mezcles al esplendor de la gloria la tinta de nuestra naturaleza, no derrames la niebla de la carne humana sobre la luz. Nuevamente, proclamando la pasión, si no reconoces lo que es pasible, has refutado la piedad del Señor, has negado tu salvación. Por lo tanto, debemos considerar insensatos a aquellos que, al oír al Hijo de Dios decir: ¿Por qué me golpeas? (Juan 18, 23), pensaron que estaba sujeto a injuria según la naturaleza de la divinidad. Pues dijo: ¿Por qué me golpeas? pero la naturaleza divina no sintió el golpe. Dijo: Ofrecí mi espalda a los azotes, y mis mejillas a las bofetadas: no aparté mi rostro de la confusión de los escupitajos (Isa. 50, 6). Dijo espalda y mejillas y rostro, esto es, partes del cuerpo humano. Pues lo que la carne del Verbo sufría o permaneciendo en la carne, el Verbo de Dios sufría en la carne, como está escrito: Cristo padeció en la carne (1 Pedro 4, 1); ciertamente lo refería en sí mismo por la ascensión del cuerpo; para que lo que es nuestro, él mismo lo asumiera en sí, y revistiera lo humano con lo suyo.

45. Correctamente, pues, según su naturaleza, la carne sufrió, y la naturaleza del Verbo no fue cambiada por esa pasión del cuerpo; pues nuestra resurrección es en verdad, y por eso la pasión de Cristo se predica en verdad.

## CAPÍTULO VI.

Se reprenden todos estos herejes, que dicen que Cristo sufrió en un fantasma, o que comprendió en sí dos personas, no menos que aquellos que distinguen al Verbo del Hijo de Dios, o no distinguen la divinidad de la carne, o someten esta a las injurias del cuerpo como si fuera imperfecta. Sin embargo, como los autores de todos estos son aquellos que fingían que la divinidad y la carne del Señor eran de una sola naturaleza, Ambrosio muestra que falsamente se atribuyen la autoridad del concilio de Nicea, demostrando que en las Escrituras se narra que Cristo sufrió solo según la humanidad. Añade que la carne fue asumida por él para que lo que había pecado, en sí mismo lo redimiera; ya que nada puede haber en común entre Dios y el pecado. Finalmente, revela cuán absurdas son las cosas que se siguen de la opinión de los adversarios.

46. Pues no, como algunos dicen, sufrió en un fantasma, porque tampoco caminó sobre el mar en un fantasma, lo que los discípulos en el Evangelio se dice que pensaron (Mat. 14, 26). Pero se excusan, porque: Aún no había sido dado el Espíritu (Juan 7, 39); pues Jesús aún no había sido glorificado (Rom. 5, 5). Para nosotros ya Cristo ha sido crucificado y ha resucitado: para nosotros ya ha sido dado el Espíritu, que es defensor de la verdad. Y los discípulos ciertamente alguna vez erraron, para que nosotros después no pudiéramos errar. Por lo tanto, su error nos beneficia. Erraron como hombres, creyeron como discípulos.

47. Y por tanto, debemos condenar tanto a aquellos que proclaman que Jesús vino en un fantasma, como a aquellos que, siguiendo una línea errónea, no dicen que es un solo y mismo Hijo de Dios, sino que afirman que uno es el que nació de Dios Padre y otro el que fue engendrado de la Virgen; cuando el Evangelista dice que el Verbo se hizo carne (Juan 1, 1), para que creas en un solo Señor Jesús, no en dos.

48. Algunos también creyeron que el Verbo de Dios es distinto del Hijo de Dios; cuando el mismo Evangelista testifica que el Verbo, que estaba en el principio con Dios Padre, vino a lo suyo (Ibid., 11). Sin embargo, hay quienes piensan que el Verbo fue hecho para Cristo como para uno de los profetas, no que él mismo sea el Verbo de Dios. Pero de ninguno de los profetas se dijo que el Verbo se hizo carne. Ningún profeta quitó los pecados del mundo. De ninguno otro se dijo: Este es mi Hijo amado en quien me complazco (Mateo 3, 17). No leemos de ningún profeta que sea el Señor de la majestad, lo cual el Apóstol dijo de Cristo, que los judíos crucificaron al Señor de la majestad (1 Cor. 2, 8).

49. Pero mientras refutamos a estos, surgen otros que dicen que la carne del Señor y la divinidad son de una sola naturaleza. ¿Qué sacrilegio tan grande ha vomitado el infierno? Ya son más tolerables los arrianos, cuya perfidia crece por estos, para que con mayor contención afirmen que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son de una sola sustancia; porque estos intentaron decir que la divinidad del Señor y la carne son de una sola sustancia. Luego, cuando estos dicen que el Verbo se convirtió en carne, cabello, sangre y huesos, y fue cambiado de su naturaleza propia; se les da lugar para que desvíen la debilidad de la carne hacia la debilidad de la divinidad, con un cierto cambio hecho en la naturaleza divina.

50. También hay quienes han llegado a tal impiedad que piensan que la divinidad del Señor fue circuncidada y de perfecta se hizo imperfecta; y que en el madero no colgaba la carne, sino aquella sustancia divina operadora de todo, coagulada en la apariencia de carne. ¿Quién no se horroriza? ¿Quién escucha que no de María virgen, sino de la sustancia divina, el Verbo de Dios se hizo carne pasible? Al afirmar esto, caen en el error de sostener que el cuerpo del Señor no fue asumido en el tiempo, sino que siempre fue coeterno con el Verbo de Dios.

51. Los autores de todos estos son aquellos que dijeron que la divinidad y la carne del Señor eran de una sola naturaleza. He leído lo que no creería si no lo hubiera leído yo mismo: he leído, digo, en ciertos libros que se ha puesto así, que el órgano y aquel por quien el órgano era movido, eran de una sola naturaleza en Cristo. Lo menciono para que por los escritos se descubra el nombre del autor; y adviertan que, aunque con argumentos muy elaborados y discursos adornados, no se puede ocultar la fuerza de la verdad.

52. Y este frecuentemente me recuerda que sostiene el tratado del concilio de Nicea. Pero en ese tratado, nuestros padres no dijeron que la carne, sino que el Verbo de Dios es de una sola sustancia con el Padre; y confesaron que el Verbo procedía de la sustancia paterna, pero que

la carne era de la virgen. ¿Cómo, pues, se invoca el nombre del concilio de Nicea y se introducen novedades que nuestros mayores nunca sintieron; cuando ciertamente las Escrituras dicen que Cristo sufrió según la carne (1 Pedro 1, 2), no según la divinidad: las Escrituras dicen que la Virgen concebirá en su seno y dará a luz un Hijo (Isaías 7, 14)? Pues recibió la virtud y dio a luz un Hijo, al que concibió de sí misma.

53. Finalmente, esto también lo declara Gabriel con su propio discurso diciendo: Y lo que nacerá de ti santo, será llamado Hijo de Dios (Lucas 1, 35). De ti, dice, para que adviertas que según el hombre lo que de ella nacería; pues María engendró de sí misma, para que lo que de ella se generara, en ello, salvada la prerrogativa de la generación del Señor, fuera verdadera naturaleza del cuerpo. Pero también Pablo dice que fue predestinado al Evangelio de Dios: Lo que antes, dice, prometió por sus profetas acerca de su Hijo, que fue hecho de la simiente de David según la carne (Rom. 1, 2, 3). Y a los Gálatas: Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo hecho de mujer (Gál. 4, 4). Y a Timoteo dijo: Recuerda que Jesucristo resucitó de los muertos de la simiente de David (2 Tim. 2, 8).

54. Por lo tanto, de nosotros tomó lo que ofrecería por nosotros, para redimirnos de lo nuestro: y lo que no era nuestro, de lo suyo nos lo confirió con su divina generosidad. Según nuestra naturaleza, pues, se ofreció, para que obrara más allá de nuestra naturaleza. De lo nuestro es el sacrificio, de lo suyo es el premio: y encontrarás muchas cosas en él tanto según la naturaleza como más allá de la naturaleza. Según la condición del cuerpo estuvo en el seno, nació, fue amamantado, fue colocado en el pesebre, pero más allá de la condición la Virgen concibió, la Virgen dio a luz: para que creyeras que era Dios, quien renovaba la naturaleza; y era hombre, quien según la naturaleza nacía de hombre.

55. Pues no, como algunos han interpretado, la naturaleza misma del Verbo fue cambiada, que siempre es inmutable, como él mismo dijo: Ved, vedme, porque yo soy, y no he cambiado (Malaquías 3, 6). Pero también Pablo dijo: Porque Jesucristo es el mismo ayer y hoy, y por los siglos (Hebreos 13, 8), es decir, que no fue cambiado según la naturaleza de la carne, sino que permaneció inmutable incluso en la misma mutable cualidad de la condición humana.

56. Habéis aprendido, pues, que ofreció sacrificio de lo nuestro. Pues ¿cuál era la causa de la encarnación, sino que la carne que había pecado fuera redimida por sí misma? Lo que había pecado, pues, eso fue redimido. No fue inmolada, por tanto, la divinidad del Verbo, porque la divinidad del Verbo no había pecado: y por eso la naturaleza del Verbo no fue convertida en la naturaleza de la carne; porque la divinidad, inmune al pecado, no debía ofrecerse por el pecado que no había cometido. Esto ofreció Cristo en sí mismo, lo que asumió: y asumió lo que antes no tenía. No asumió, pues, la divinidad de su divinidad, en la que estaba la plenitud de la divinidad eterna: sino que asumió carne, para despojar el despojo de la carne, y en sí mismo crucificar los despojos del diablo, y erigir los trofeos de la virtud.

57. Por tanto, si la carne de todos en Cristo estuvo sujeta a injuria, ¿cómo decís que es de una sola sustancia con la divinidad? Pues si el Verbo y la carne, que tiene su naturaleza de la tierra, son de una sola sustancia, ¿por qué se afirma que el Verbo y el alma, que asumió la perfecta naturaleza humana, son de una sola sustancia? Pero el Verbo es de una sola sustancia con Dios según la profesión paterna, y la afirmación del mismo Señor, que dijo: Yo y el Padre somos uno (Juan 10, 30). Por tanto, el Padre es proclamado de una sola sustancia con el cuerpo terrenal. ¿Y aún os indignáis con los arrianos, porque estos dicen que el Hijo de Dios es una criatura; cuando vosotros mismos decís que el Padre es de una sola sustancia con las criaturas?

58. ¿Qué otra cosa hacéis al decir esto, sino comparar el limo de Adán y nuestra tierra con la sustancia divina, o ciertamente transferir la divinidad a la injuria de la corrupción terrenal? Pues al decir que el Verbo se hizo carne y huesos, decís que se convirtió en tierra; ya que la carne y los huesos son de la tierra.

59. Así está escrito, dicen, que el Verbo se hizo carne (Juan 1, 14). Está escrito, no lo niego: pero considera lo que sigue; pues sigue: Y habitó entre nosotros, es decir, aquel Verbo que asumió carne, habitó entre nosotros, es decir, habitó en la carne humana; y por eso fue llamado Emmanuel, que significa Dios con nosotros (Mateo 1, 23). Por tanto, el Verbo se hizo carne, en el sentido de que se hizo hombre. Como también en Joel dijo: Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne (Joel 2, 28); pues no sobre carne irracional, sino que se promete la efusión futura de la gracia espiritual sobre los hombres.

60. Pero si os aferráis a la letra, pensando que por lo que está escrito, que el Verbo se hizo carne, el Verbo de Dios se convirtió en carne; ¿acaso negáis que está escrito del Señor, que no cometió pecado, sino que fue hecho pecado (2 Cor. 5, 21)? ¿Entonces el Señor se convirtió en pecado (Gál. 3, 13)? No es así; sino que porque asumió nuestros pecados, fue llamado pecado. Pues también el Señor fue llamado maldición, no porque el Señor se convirtiera en maldición, sino porque asumió nuestra maldición: Maldito, dice, el que cuelga de un madero (Deut. 21, 23). ¿Te sorprende, pues, que esté escrito: El Verbo se hizo carne, cuando la carne fue asumida por el Verbo de Dios; cuando de un pecado que no tenía, está escrito que fue hecho pecado, es decir, no por naturaleza y operación del pecado, como hecho en semejanza de carne de pecado: sino para que crucificara nuestro pecado en su carne, asumió la debilidad de un cuerpo ya sujeto a las enfermedades del pecado carnal por nosotros?

61. Dejen, pues, de decir que la naturaleza del Verbo fue cambiada en la naturaleza del cuerpo; no sea que por igual interpretación parezca que la naturaleza del Verbo fue cambiada en el contagio del pecado. Pues una cosa es lo que asumió, y otra lo que fue asumido. La virtud vino a la Virgen, como también el Ángel le dijo que la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra (Lucas 1, 35). Pero nació un cuerpo de la Virgen; y por eso el descenso fue celestial, pero la concepción fue humana. Por tanto, no pudo ser la misma naturaleza de la carne y de la divinidad.

## CAPÍTULO VII.

Excusa por haber añadido este libro a los anteriores: luego, donde demuestra que las razones de aquellos que negaban que el alma fue asumida por Cristo son absurdas, prueba la misma ascensión del alma con testimonios de las Escrituras; luego, exponiendo por qué no debía omitirse el alma por el Señor, muestra que son agitados por un temor vano. Cómo se dice que Cristo teme o progresa; sin embargo, no hay peligro de que se divida, o parezca introducirse una tetrarquía: lo cual finalmente se vuelve contra ellos mismos.

62. Podría extenderme más, pero temo que estas mismas cosas parezcan superfluas o prolijas a algunos. Pues tal vez alguien diga: ¿No prometiste que concluirías sobre la divinidad del Padre y del Hijo en esos cinco libros que escribiste? Pero ¿qué puedo hacer, cuando cada día siembran nuevas cuestiones? No se pasa por alto la promesa, sino que la objeción obliga. Pues ¿cómo puede haber fin de la respuesta, si no hay límite en lo objetado?

63. Y sin embargo, había prometido que concluiría la respuesta sobre la divinidad del Padre y del Hijo en los anteriores: pero en este libro se ha hecho una exposición más completa, como debía ser, sobre el sacramento de la encarnación del Señor. Pues cuando lo que dice el Señor: Mi alma está triste hasta la muerte (Mateo 26, 38); y más adelante: Padre mío, si es posible, pasa de mí este cáliz: pero no como yo quiero, sino como tú quieres (Ibid., 39); no se refiere a la compasión del Espíritu Santo, sino al afecto de la asunción del alma racional y de la naturaleza humana, es consecuente que por la afirmación del sacramento del Señor y la plenitud de la naturaleza humana afirmemos que estuvo en Cristo, y separemos al Espíritu Santo del prejuicio de la debilidad. Pues no está sujeto a la debilidad, quien no está sujeto a la pasión.

64. Pregunto, pues, por qué razón algunos piensan que el alma no fue asumida por el Señor Jesús; ¿acaso porque temen que Cristo caiga en el sentido humano? Dicen, en efecto, que la concupiscencia de la carne se opone a la ley de la mente (Rom. 7, 23). Pero quien dijo esto, está tan lejos de haber pensado que Cristo fuera llevado por la ley de la carne a las cadenas del pecado; que él mismo, puesto en el ardor de la fragilidad humana, creyó que podía ser socorrido por Cristo diciendo: ¡Infeliz de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Ibid. 24, 25). ¿Aquel que libraba a otros del resbalón de la carne, podía temer acaso que él mismo fuera vencido por un cierto dominio de esta carne?

65. Pero temía, según ellos, las seducciones de esta carne. Por tanto, también debía declinar la asunción de la carne; para no ser arrastrado al resbalón del error. Pero ¿cómo podía temer el resbalón del pecado, quien había venido a perdonar el pecado? Y por eso, habiendo asumido la carne del hombre, es consecuente que asumiera la perfección de la encarnación y su plenitud; pues nada hay imperfecto en Cristo. Asumió, por tanto, la carne, para resucitarla: asumió el alma, pero asumió un alma perfecta, racional, humana.

66. Pues ¿quién puede negar que asumió el alma, cuando él mismo dice: Pongo mi alma por mis ovejas? Y de nuevo: Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi alma, para volverla a tomar (Juan 10, 15). Esto no se dice en parábola, ni en un sentido superficial, en el que se dice una cosa y se entiende otra, como aquello: Mis nuevas lunas y mis sábados aborrece mi alma (Isaías 2, 13): aunque también eso puede referirse al alma de Cristo, que fue puesta para abolir el error de la superstición judía, y establecer la verdad de un solo sacrificio.

67. Pero de esto duden los proféticos, no pueden refutar lo evangélico dicho sobre la propiedad del alma; cuando se dice sobre la muerte del Señor y su resurrección; finalmente añade: Nadie me la quita, sino que yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para poner mi alma, y tengo poder para volverla a tomar (Juan 10, 18). Por tanto, pone la misma que asumió. Digo que asumió; pues no fue el mismo Verbo de Dios vivo hecho en su carne en lugar de nuestra alma: sino que así como asumió nuestra carne, también asumió nuestra alma perfecta en la asunción de la naturaleza humana. Asumió, digo, el alma, para bendecir con el sacramento de su encarnación; asumió mi afecto, para corregirlo.

68. Pero ¿qué necesidad había de asumir carne sin alma; cuando ciertamente la carne insensible y el alma irracional no están sujetas al pecado, ni son dignas de premio? Por tanto, asumió por nosotros lo que más estaba en peligro en nosotros. Pero ¿qué me aprovecha, si no me redimió todo? Pero me redimió todo, quien dijo: ¿Os indignáis conmigo, que hice a un hombre entero sano en sábado (Juan 7, 23)? Me redimió todo, porque en un hombre perfecto el fiel no resucita en parte, sino todo.

69. Dejen, pues, estos misericordiosos de temer, no sea que Cristo no pudiera gobernar su carne, o su alma perfecta y sentido humano, quien incluso aquel pollino de asna, en el que nadie había montado antes (Lucas 19, 30), gobernó. ¿El que plantó el oído, no oirá (Salmo 93, 9)? ¿El que gobernaba a otros, no podía gobernarse a sí mismo? ¿El que perdonaba pecados, cometía pecado? Dejen de estar demasiado preocupados estos, como pedagogos de Cristo, de temer no sea que incluso en él la concupiscencia de la carne haya oprimido la ley de la mente, que no oprimió en Pablo, sino que solo se opuso (Rom. 7, 23). El atleta de Cristo cuenta las victorias de su mente. ¿Estos temen que la carne haya titubeado en el Señor, que venció en el siervo?

70. Cristo no quiere que temamos por él, no quiere que lloremos por él el Señor. Finalmente dice: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras mismas (Lucas 23, 28). Y a estos les dice: No temáis por mí, temed por vosotros. ¿No habéis oído decir a David: El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es el defensor de mi vida, ¿de quién temeré (Salmo 26, 1)? y en otro lugar: No temeré lo que me haga el hombre (Salmo 117, 6); y en otro lugar: No temeré lo que me haga la carne (Salmo 55, 5).

71. Dice, pues: Yo pude temer la caída de la naturaleza humana, que el mismo hombre no temió: Dios, pues, antes de la carne, Dios en la carne, asumí la perfección de la naturaleza humana: asumí el sentido del hombre, pero no fui inflado por el sentido de la carne. Con el sentido del hombre dije que mi alma estaba turbada: con el sentido del hombre tuve hambre: con el sentido del hombre rogué, quien solía escuchar a los que rogaban: con el sentido del hombre progresé, como está escrito: Y Jesús progresaba en edad y sabiduría y gracia ante Dios y los hombres (Lucas 2, 52).

72. ¿Cómo progresaba la Sabiduría de Dios? Que te enseñe el orden de las palabras. Progresó en edad, y progresó en sabiduría, pero es humana. Por eso puso antes la edad, para que creyeras que se dijo según el hombre, pues la edad no es de la divinidad, sino del cuerpo. Por tanto, si progresaba en edad del hombre, progresaba en sabiduría del hombre: pero la sabiduría progresa con el sentido, porque de la sensación viene la sabiduría. Jesús, pues, progresaba en edad y sabiduría. ¿Qué sentido progresaba? Si humano, entonces también fue asumido: si divino, entonces es mutable por el progreso. Pues lo que progresa, ciertamente se cambia a mejor: pero lo que es divino, no se cambia: por tanto, lo que se cambia, no es ciertamente divino. El sentido, pues, progresaba humano; por tanto, asumió el sentido humano.

73. Y para que sepamos que hablaba según el hombre, puso antes diciendo: Pero el niño crecía y se fortalecía y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él (Ibid., 40). Y niño, es el nombre de nuestra edad: ni la virtud de Dios podía fortalecerse, ni crecer Dios, ni la altura de la sabiduría de Dios, ni la plenitud de la divinidad llenarse. Lo que, pues, se llenaba, no era de Dios, sino nuestra sabiduría. Pues ¿cómo se llenaba, quien descendió para llenar todas las cosas (Efesios 4, 10)?

74. ¿Por qué sentido dijo Isaías que el niño no conocía al padre o a la madre? Pues está escrito: Antes de que el niño sepa al padre o a la madre, tomará la fuerza de Damasco y los despojos de Samaria (Isaías 8, 4). Pues la sabiduría de Dios no es engañada por lo futuro y oculto: pero la infancia sin conocimiento, por la imprudencia humana, ignora lo que aún no ha aprendido.

75. Pero temes, dices, que si atribuimos a Cristo dos sentidos principales o una doble sabiduría, dividamos a Cristo. ¿Acaso cuando adoramos tanto su divinidad como su carne, dividimos a Cristo? ¿Acaso cuando veneramos en él la imagen de Dios y la cruz, lo dividimos? El Apóstol ciertamente, quien dijo de él: "Porque aunque fue crucificado por nuestra debilidad, vive por el poder de Dios" (II Cor. XIII, 4); él mismo dijo que Cristo no está dividido. ¿Acaso también cuando decimos que asumió un alma racional y capaz de nuestro entendimiento, lo dividimos (I Cor. I, 13)?

76. Pues no fue Dios Verbo en lugar de un alma racional y capaz de entendimiento en su carne, sino que al asumir un alma racional y capaz de entendimiento, y la misma humana, y de la misma sustancia que nuestras almas, y una carne similar a la nuestra, y de la misma sustancia que nuestra carne, Dios Verbo también fue un hombre perfecto, sin ninguna mancha de pecado; porque él no cometió pecado, sino que fue hecho pecado por nosotros; para que fuéramos justicia de Dios en él (II Cor. V, 21). Por lo tanto, su carne y su alma son de la misma sustancia que nuestra alma y carne.

77. No temo parecer introducir una tetrada, pues nosotros, que afirmamos esto, verdaderamente adoramos la Trinidad. No divido a Cristo cuando distingo la sustancia de su carne y su divinidad; sino que proclamo a un solo Cristo con el Padre y el Espíritu de Dios, y demostraré que aquellos que dicen que la carne de Cristo es de la misma sustancia que su divinidad, introducen una tetrada. Pues no es uno lo que es de la misma sustancia, sino uno es, ya que confesando al Hijo de la misma sustancia que el Padre en el tratado del concilio de Nicea, no creyeron en una persona, sino en una divinidad en el Padre y el Hijo.

78. Por lo tanto, cuando dicen que la carne de aquel de quien el Hijo de Dios era, fue de la misma sustancia, ellos mismos incurren en las necedades de una afirmación vana que nos objetan, dividiendo a Cristo. Así, introducen un cuarto increado que adoramos, cuando solo la divinidad de la Trinidad es increada.

## CAPÍTULO VIII.

Contra esta sentencia católica, los adversarios que oponen que el Hijo que fue engendrado no puede ser de la misma naturaleza que el Padre que engendró, se responde que las voces "engendrado" e "inengendrado" que no se leen en las Escrituras, son introducidas aquí por ellos, mientras que rechazan "naturaleza" y "sustancia" porque niegan que existan en las mismas Escrituras. Luego también se demuestra a partir de los textos sagrados que en Dios hay naturaleza y sustancia.

79. Había concluido el libro: pero fue un acto de religión no parecer que pasamos por alto lo que no podríamos resolver. Pues cuando algunos escucharon hace tiempo, al decir nosotros que el Hijo de Dios, que fue engendrado, no puede ser desigual al Padre que engendró, aunque él fue engendrado, este engendró, porque la generación no es de poder, sino de naturaleza: contra aquella cuestión creen que se les ha cerrado la voz: pero con una tergiversación condenable en el mismo lugar dan la vuelta; para que piensen que se hace un cambio de cuestión, con un cambio de discurso, diciendo: ¿Cómo pueden ser inengendrado y engendrado de una misma naturaleza y sustancia?

80. Por lo tanto, para responder, clementísimo Emperador, a la cuestión que me has propuesto; primero que todo, no encuentro en las Escrituras divinas la palabra inengendrado: no la he leído, no la he escuchado. ¿De qué mutabilidad son hombres de este tipo, que nos dicen que usamos lo que no está escrito; cuando decimos lo que está escrito: y ellos objetan

lo que no está escrito? ¿No se contradicen a sí mismos y restan autoridad a su propia calumnia?

81. Pues dicen que no está escrito que Dios tenga sustancia y naturaleza; cuando ciertamente la Escritura testifica que el Hijo es el resplandor de la gloria del Padre y la imagen de su sustancia (Hebr. I, 3), y hemos demostrado plenamente en otro libro que muchos otros han hablado de la sustancia divina (Lib. III de Fide, cap. 4).

82. ¿Quién negará también la naturaleza divina; cuando el apóstol Pedro escribió en su epístola, que la misericordia del Señor operó a través de la pasión de la cruz, para que nos hiciera, dice (II Petr. I, 4), partícipes de la naturaleza divina? Pero también en otro lugar Pablo escribió: "Pero entonces, no conociendo a Dios, servisteis a los que por naturaleza no son dioses" (Gal. IV, 8). Así lo encontramos también en los códices griegos, cuya autoridad es mayor.

83. ¿Qué hacen, pues, los que niegan que haya naturaleza divina, sino que ya no solo calumnian al Hijo, sino también al Padre? Pues si se niega que Dios sea naturaleza, entonces es por gracia, como los hombres: o ciertamente se cree falsamente, como los demonios, cuyas imágenes son donadas con el nombre de Dios. Pero sigamos la autoridad apostólica, para que digamos que en las imágenes no hay naturaleza divina. Si, por lo tanto, no está en las imágenes, no está en los demonios: queda que en Dios haya naturaleza y sustancia divina (I Cor. X).

84. Hemos demostrado, por lo tanto, con autoridad apostólica que es correcto decir de Dios Padre que es naturaleza; ahora acepten que la misma naturaleza del Padre es la que es del Hijo, y la misma es del Espíritu Santo; no sea que digan: Leemos que la naturaleza es divina, pero no leemos la unidad de la naturaleza divina. Pero cuando el mismo Hijo dijo: "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30); probó la unidad de la divinidad. Cuando dijo: "Todo lo que el Padre tiene es mío" (Juan XVI, 15); y más adelante: "Padre, todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío" (Juan XVII, 10); afirmó la unidad. Cuando dijo: "El Padre que mora en mí, él hace las obras que yo hago" (Juan XIV, 10); declaró la unidad de manera muy evidente.

85. Luego Pedro mostró que hay una sola naturaleza divina: "Para que nos hiciera", dice, "partícipes de la naturaleza divina" (II Petr. I, 4). Pues pudo haber dicho así, si hubiera pensado de otra manera; pudo, digo, haber dicho así: Para que nos hiciera partícipes de las naturalezas divinas; especialmente cuando a través del Hijo pasamos al consorcio de la naturaleza divina. ¿Puede acaso dar lo que no tiene? Por lo tanto, no hay duda de que da de lo que tiene; y por eso tiene naturaleza divina, quien da el consorcio de la naturaleza divina.

86. También el apóstol Pablo al decir: "Que por naturaleza no son dioses" (Galat. IV, 8); mostró que hay una sola naturaleza del verdadero Dios. Pues él también pudo haber dicho: Que por naturalezas no son dioses, si supiera que hay pluralidad de naturaleza divina, que una es en el Padre, otra en el Hijo, otra en el Espíritu Santo. Al decir, por lo tanto: "Por naturaleza no son dioses"; expresó la unidad de la naturaleza divina.

87. ¿Qué es, además, ser Dios por naturaleza, sino ser el verdadero Dios? como dijo a los Tesalonicenses: "Cómo os convertisteis a Dios de los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero" (I Tes. I, 9)? Pues aquellos dioses son simulados, pero por naturaleza Dios es vivo y verdadero. Pues también en nuestro uso hay Hijo adoptivo, y Hijo verdadero. No decimos que el Hijo adoptivo sea Hijo por naturaleza: pero decimos que es por naturaleza, quien es Hijo verdadero.

88. Por lo tanto, hemos probado que hay naturaleza y sustancia divina por la lectura: también la autoridad apostólica ha demostrado que hay unidad, no pluralidad, de la naturaleza divina.

## CAPÍTULO IX.

Mientras los herejes quieren que se les conceda que el Padre es inengendrado, lo cual no han leído en la Escritura, muestran su afán de contienda. Sin embargo, se debe admitir que está escrito, pero en Ario, a quien se opone el Apóstol. Se devuelve su objeción contra ellos mismos, y se afirma que la voz "inengendrado" también es común a la criatura. Luego, explicando el razonamiento de los adversarios, Ambrosio responde que las voces "engendrado" e "inengendrado" no significan naturaleza, sino cualidad. Con ejemplos, prueba esto extensamente, pero especialmente se extiende en demostrar que de diferentes inicios puede surgir la misma sustancia.

89. Ahora ellos afirmen dónde han leído que el Padre es inengendrado. Pero si al modo dialéctico piden que se les conceda eso, para usar lo que no está leído como si lo estuviera, muestran que se dejan llevar por el afán de contienda, no buscan el conocimiento de la verdad. Pues en la misma dialéctica, si no se concede lo que piden que se les conceda, no pueden encontrar el principio de la disputa. Y esto allí, donde la contienda es más sobre las sutilezas de la disputa que sobre el examen de la verdad. Esta es la gloria de los dialécticos, si parecen vencer con palabras y refutar la verdad: y contra esto, la definición de la fe es que se pese la verdad, no las palabras. Por lo tanto, la simple verdad de los pescadores excluye las palabras de los filósofos.

90. ¿Cuál es, pues, esa afirmación, donde si no les concedo la palabra inengendrado, no pueden encontrar el principio de la afirmación? Por lo tanto, demuestren dónde lo han leído.

91. Se me había olvidado: ahora lo recuerdo. Está leído, dicen; pues Ario dijo que el Padre es inengendrado, y el Hijo engendrado y creado. He aquí con qué autor se oponen a los escritos apostólicos: sin embargo, contiendan, si es que se confiesan discípulos de Ario. Pues, ¿cómo niegan al maestro, cuyo invento siguen?

92. Pero si ellos dicen esto, lo que Ario: con más justicia debo decir lo que dijo el Apóstol (Ephes. III, 14). Pues dijo Padre, no lo llamó inengendrado: dijo Hijo, y dijo Hijo engendrado. Lo que he leído, no lo niego; más bien lo uso con gusto: lo que no he leído, no debo usar. Pero sin embargo, lo que en dialéctica no haríamos, que lo usen; si no dicen también que no leemos al Padre como engendrado como al Hijo, por lo tanto debemos considerar que es inengendrado.

93. Esto se entiende, por lo tanto no se lee. Pero si se entiende, tampoco leemos que el Espíritu Santo sea engendrado: por lo tanto, también el Espíritu, porque no es engendrado, ciertamente según vuestra opinión debe ser llamado inengendrado. Si, por lo tanto, decís que inengendrado y engendrado no pueden ser de una misma sustancia; queda que del Padre y del Espíritu Santo, porque no leemos que el Padre sea engendrado, ni el Espíritu Santo, no neguéis la unidad de la naturaleza y sustancia divina. Pues si toda la fuerza de vuestra disputa está en que inengendrado y engendrado no pueden ser de una misma naturaleza: entonces quien no es engendrado, con aquel que no es engendrado, es de una misma naturaleza y sustancia. Y si por eso pensáis que el Padre es mayor, porque no es engendrado; ¿acaso también el Espíritu Santo es mayor que el Hijo?

94. Pueden encontrarse muchos e innumerables ejemplos, para que de lo que no es engendrado, se diga inengendrado. Pues muchos dijeron que el mundo es inengendrado, y la materia de todas las cosas, que los griegos llaman hyle, como un bosque material, recordaron que es inengendrada. Por lo tanto, ven que en esta palabra no puede haber una prerrogativa de poder, a menos que tal vez vean que honran a Dios con esta palabra, con la que los filósofos pensaron que el mundo debía ser honrado. ¿Acaso, pues, el Padre es inengendrado como el mundo? De ninguna manera. O este solo discurso es digno de Dios, cuando Dios está más allá del ámbito de todos los discursos. Por lo tanto, nada es precioso para Dios en ese discurso, que puede ser común con los demás.

95. Pero sin embargo, como queráis, que sea inestimable la prerrogativa de este discurso, que no se designa con alguna autoridad, sino que se estima por vuestro juicio. ¿A qué, pues, sirve esto, para que queráis hacer una diferencia de naturaleza entre el Padre y el Hijo, una diferencia de poder? Inengendrado, dice, y engendrado no pueden ser de una misma naturaleza y sustancia; o, como a veces dicen, inoperado y hecho no son de una misma naturaleza. Pues no hacen distinción entre inengendrado e inoperado, ni quieren que haya diferencia entre engendrado o creado, con tal de que digan que el Hijo es una criatura.

96. Dicen, pues, que el Padre ha superado toda causa, esto es, αἰτίαν, como dicen los griegos, ya que no fue creado de otro, no es hijo; ya que ciertamente es sustancia, no teniendo principio o causa de otro, de donde sea: y por eso, dicen, no puede haber otra sustancia tal, porque todas tienen la causa de su subsistencia de Dios Padre. Por lo tanto, no es verosímil, dicen, que el Hijo, porque es del Padre, y no tiene de sí mismo la causa para ser, sino del Padre, sea semejante al Padre: cuando el Padre no tiene causa de otro, pero el Hijo, como ellos alegan, no pudo ser, a menos que haya recibido del Padre mismo para ser.

97. Por eso dicen que inengendrado y engendrado son disímiles; como si, como he dicho en otro lugar muchas veces, la generación fuera de poder, no de naturaleza. Pues cuando digo engendrado, no he expresado la propiedad de la naturaleza, sino la significación de la generación; y esto lo aprobaré con ejemplos más evidentes. Pues si digo en general Hijo, y no añado de quién, puede entenderse tanto hijo de hombre, como hijo de iniquidad, y hijo de pestilencia, y hijo del diablo, como testifica la Escritura de los judíos (Juan VIII, 44): y lo que está en uso, tanto el feto de la bestia, como los polluelos de las palomas. Y por eso en la apelación de hijos no está expresada la significación de la naturaleza. Pero si deseo designar la naturaleza, o nombraré hombre, o nombraré caballo, o diré ave, para que pueda entenderse la naturaleza.

98. Así, pues, si deseo designar la naturaleza divina, debo nombrar al verdadero Dios. Pero cuando digo Hijo, significo engendrado: cuando también digo Padre, declaro que ha engendrado. Por lo tanto, no hagas de aquí una diferencia de naturaleza, cuando esto es significativo de engendrante y engendrado: significativos de este tipo expresan la cualidad de la sustancia; pues muchos, como he dicho, son hijos, pero hay diversidad de hijos: uno por naturaleza, otro por gracia.

99. Muchas criaturas invisibles y visibles: invisibles, como Principados y Potestades, Tronos y Dominaciones: visibles, como el sol, la luna, las estrellas, el hombre, la tierra. Por lo tanto, hay especies diversas, y diversas son las sustancias de las criaturas. Por lo tanto, si deseas expresar la propiedad de alguna criatura, nombrarás o el sol, o la luna, o las estrellas: y así se entiende qué es lo que has pensado significar.

100. Pero si dices hecho o creado, lo que a veces dicen del Hijo; porque muchas cosas son hechas y creadas, no parecerás haber significado la propiedad de la sustancia, sino la especie de la cualidad. Pues otra cosa es la sustancia, otra cosa es la cualidad. Por lo tanto, hemos dicho en otro lugar, que los latinos interpretaron οὐσίαν como sustancia. Pero cuando se dice οὐσία de Dios, ¿qué otra cosa se significa, sino que Dios es siempre? Lo que las mismas letras expresan, ya que la fuerza divina οὐσα ἀεὶ, esto es, siendo siempre, se dice οὐσία, cambiando el orden de una letra por el sonido y la belleza del discurso. Por lo tanto, οὐσία significa que Dios es siempre: pero la apelación de inengendrado, como tú quieres, o engendrado, ¿cómo es, declara, esto es, que el Padre no es de otro, ni el Hijo de sí mismo. Aquí parece haber una especie diversa. Ciertamente la especie es distinta, pero la divinidad es indistinta.

101. ¿Preguntas cómo puede probarse esto? También en las criaturas mostraré que hay una especie diversa, diferentes inicios en muchos, y que hay una sola sustancia, y traeré ejemplos de las Escrituras. Por lo tanto, si en estas cosas que son mortales, esto puede convenir; ¿cómo imponen una ley de alguna necesidad a la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu?

102. Pues todos los volátiles que parecen ser de un mismo género, ciertamente son de una misma naturaleza, como el género de las águilas es uno y una es la naturaleza, de los buitres de manera similar, y de los demás volátiles según su género. Pero, ¿cómo comenzaron a ser los volátiles, encontramos tres especies, y leemos que las causas de su origen son diversas. Pues está escrito que Dios dijo: "Produzcan las aguas reptiles de almas vivientes, y volátiles volando" (Gen. I, 20). Y poco después, cuando Dios hizo el paraíso, y puso en él al hombre, está escrito que Dios formó de la tierra las bestias del campo, y los volátiles del cielo (Gen. II, 19). Por lo tanto, se significan aquí los volátiles formados de la tierra. También leíste arriba que Dios dijo a las aves: "Creced y multiplicaos" (Gen. I, 22); ciertamente ordenando los incrementos de la generación del coito del macho y la hembra. Por lo tanto, advertimos que incluso las que son de un mismo género, comenzaron de manera diversa: unas de las aguas, otras de la tierra, otras de la generación del macho y la hembra; y sin embargo, estas son de una misma naturaleza, y no tienen disimilitud de sustancia.

103. ¿Qué hay más de una misma naturaleza que nuestra carne con la verdad del cuerpo del Señor? Sin embargo, ambas fueron llevadas por causas diversas, nacidas de principios diversos. Pues la carne del Señor, generada por el Espíritu que vino sobre la Virgen (Luc. I, 35), no esperó el solemne comercio del coito masculino y femenino: pero nuestra carne, a menos que el sexo masculino y femenino cubra con surcos naturales las semillas, no sabe formarse dentro de las entrañas maternas; y sin embargo, aunque la causa de la generación fue diversa, la carne en Cristo con todos los hombres es de una misma naturaleza.

104. Pues el parto de la Virgen no cambió la naturaleza, sino que renovó el uso de la generación. Por lo tanto, la carne nació de la carne. Por lo tanto, la Virgen tuvo de lo suyo, lo que entregó; pues la madre no dio algo ajeno, sino que de sus propias entrañas lo confirió de manera inusitada, pero con un don acostumbrado. Por lo tanto, la Virgen tuvo carne, que por el derecho solemne de la naturaleza transfirió al feto. Por lo tanto, la misma naturaleza según la carne de María, la que engendra, y del que es engendrado, no es disímil a los hermanos; porque la Escritura dice, para que en todo fuera hecho semejante a los hermanos (Heb. II, 17). Ciertamente el Hijo de Dios es semejante a nosotros no según la plenitud de la divinidad, sino según el alma racional, y para decirlo más expresamente, según la verdad de nuestro cuerpo humano.

105. ¿Qué diremos, además, de Adán mismo, quien aunque fue formado del limo de la tierra, ciertamente engendró hijos partícipes de su naturaleza, compañeros de su género, herederos de su sucesión (Gen. II, 17)? Ciertamente en los hijos y el padre hay principios diversos, pero una es la naturaleza de la condición humana; sin embargo, la disimilitud del origen no perjudicó a la similitud de la sustancia. Por lo tanto, el hijo es semejante al padre incluso en aquellas cosas, que por la fragilidad de la condición humana no podrían tener la plenitud de la semejanza: ¿cómo, pues, el Hijo verdadero de Dios Padre es disímil?

*A superioribus eos non discrepare, qui Filium Patri similem agnoscentes, ejusdem substantiae inficiantur. Non enim posse inter eos accidentalem aut partialem intercedere similitudinem; cum hujusmodi similitudines puris hominibus cum Deo tribuantur, at Filio cum Patre naturae sit similitudo, cujus et perfecta imago est. Nihil ergo vocem ingenitum catholicis obstare, sed haereticorum prodere perfidiam; quippe qui dum vocem in Scriptura ignotam usurpabant, omnipotentiam quae illis personis ibi tribuitur, negabant.*

106. Sed plerique eandem sectam sequentes, disputationis genere discordare se putant ab his, qui dissimilem Patri per omnia Filium dicunt. Ideo horum quoque qui similem dicunt Filium, sed non unius substantiae cum Patre, ineptias discutiamus.

107. Sed quae non unius naturae sunt, diversae sunt utique atque distantis: et quae distantis naturae, consequens est ut similia esse non possint; nisi forte secundum speciem similia dicas, dissimilia secundum veritatem. Nam et lactis et nivis et cygni albensis concolor species est, sed discrepantiam servat distantis naturae; nec differentia naturarum specierum similitudine coloratur.

108. Quomodo ergo isti similem dicunt Patrem et Filium, qui unitatem substantiae negant? An secundum formam et figuram et colorem similem putant? Sed haec corporis sunt, haec compositionem quamdam indicant. Quomodo autem invisibili similitudinem secundum colorem aptamus aut formam? Aut quomodo creatura potest esse similis increato? Quomodo splendor gloriae, et character substantiae ejus (Heb. I, 3); si diversa gloria, ut illi dicunt, diversa substantia est.

109. Secundum gloriam, inquirunt, et operationem similis est, et propterea imago Dei dicitur Filius. Ergo si per aliqua, non per omnia similis, pro parte similis, pro parte dissimilis. Huic autem propositioni consequens est, ut si ex parte similis, non in toto est, pro parte sit Dei imago composita: ac per hoc sequitur, ut et ipse compositus videatur, cujus sit imago composita. Composita autem si ex parte similitudinem servet, imago ejus ex parte similis esse non possit.

110. Sed qui similem secundum unitatem naturae negant, similem caeteris arbitrantur. Solent enim dicere: Cur putatis quia multum dedit Scriptura Filio, quia imaginem dixit; cum ipse Deus dixerit hominibus: Estote sancti, quoniam et ego sanctus sum (Lev. XIX, 2)? Et Filius dixerit: Estote perfecti, sicut et Pater vester qui in coelis est, perfectus est (Matth. XVI, 48)? Nec intelligunt eo ipso astrui: quia non secundum partem, sed secundum plenitudinem divinitatis et perfectionem similis sit Filius Patri. Denique si multi similes, cur solus Filius imago invisibilis Dei dicitur, et character substantiae ejus; nisi quia in eo naturae ejusdem unitas, et ejus majestatis expressio est?

111. Alia enim secundum imitationem similitudo, alia secundum naturam: quod propositorum exemplorum etiam verba indicant; dicit enim Scriptura: Estote sancti; ut id fiant per

imitationem. Hominibus ergo dicitur: Estote, quia non sunt: de se autem dicit Deus, quia sanctus sum; non utique proficiente processu, sed manente natura. Deinde ait Sapientia: Estote perfecti; ut incipient habere, quod non habent. De Patre autem dicit: Sicut Pater vester, qui in coelis est, perfectus est. Est ergo perfectus Pater, qui semper est. Ideo ejus vel οὐσία Graece, quod sit semper; vel Latine, quod in suo maneat, nec ope subsistat aliena, appellatur substantia.

112. Sanctus ergo Pater, et perfectus Pater, sanctus etiam et perfectus Filius, quasi imago Dei. imago autem Dei, quia omnia quae sunt Dei, videntur in Filio, id est, sempiterna divinitas, omnipotentia atque majestas. Talis ergo qualis est Deus, sua videtur in imagine. Unde oportet ut imaginem ejus talem credas, qualis est Deus. Nam si imagini detrahas, et utique ei, cujus imago est, videbitur esse detractum: si minorem imaginem credas, minor Deus apparebit in imagine. Qualem enim aestimaveris imaginem, talis tibi videbitur is, cujus invisibilis est imago. Dixit imago: Qui me videt, videt et Patrem (Joan. XIV, 9). Et qualem aestimaveris eum, cujus imaginem esse Filium credis; talis tibi necessario Filius aestimandus est. Unde quia increatus Pater, increatus et Filius; quia non minor Pater, non minor Filius; quia omnipotens Pater, omnipotens Filius.

113. Dictum est igitur, etiamsi usurpent quod non legunt, ut ingenitum dicant; eo verbo tamen nihil impediri quominus unius naturae atque substantiae Christum cum Patre esse credamus. Quod si unius naturae, utique unius potentiae.

114. Qui quidem locus haud difficilior est ad refellenda studia perfidorum. Quomodo enim negant omnipotentem Christum, quod scriptum est, qui volunt usurpare, quod non docent scriptum? Omnipotentem etenim Christum supra docuimus (Lib. II de Fide c. 3), et in Joannis evangelistae Apocalypsi, et in Zachariae prophetia, et in Evangelio significatum. Quae si quis recensenda putat, superiora revolvat et repetat.

115. Tamen quod ibi propter congestionem testimoniorum pene praeterii, dicant de quo putent dictum, quod Amos prophetavit; sic enim scriptum est: Dominus qui attigit terram, et movet eam, et lugebunt omnes commorantes in ea. Et ascendet sicut flumen Aegypti, quia aedificat super coelum ascensionem suam, et repromissionem suam super terram confirmat: qui advocat aquam maris, et effundit eam super faciem terrae, Dominus omnipotens nomen est ei. Nonne haec omnia in Filium intelligunt convenire, qui terram descendens tetigit, in passione commovit, de terris ascendit in coelum, et super terram descendit e coelo, sicut ipse promiserat?

116. Sed quid de Filio laboro, cum etiam Spiritum omnipotentem Scriptura testetur? Scriptum est enim: Verbo Domini coeli firmati sunt, et Spiritu oris ejus omnis virtus eorum (Psal. XXXII, 6). Et de Sapientia scriptum est quia habeat in se omnipotentem Spiritum; dicit enim Salomon: Quia omnium artifex docuit me Sapientia (Sap. VII, 12). Est enim in ea Spiritus intelligentiae, sanctus, unicus, multiplex, subtilis, bene mobilis, disertus, immaculatus, manifestus, inviolabilis, bonum amans, acutus, providens, possibilis, munificus, benignus, stabilis, integer, sine sollicitudine, qui omnia potest, omnia spectans, et per omnia penetrans spirituum intelligibilium.